

influencia y su genio, su lengua y sus artes sobre un enorme contorno de costas. La Propóntide, el Euxino, la Mareótide, los mares de Creta, de Rodas y de Chipre les eran familiares. No había bahía que no hubiesen explorado, ni isla ni promontorio que no hubiesen reconocido; los sentimientos hostiles o serviles, las inclinaciones guerreras o mercantiles del menor poblado les eran conocidos; sobre cada sitio propicio habían establecido alguna familia, construido alguna muralla, elevado algún altar. La costa sufrió, en una longitud de miles de kilómetros, el ascendiente de sus poderosas y numerosas colonias



Museo del Louvre.

Cl. Giraudon.

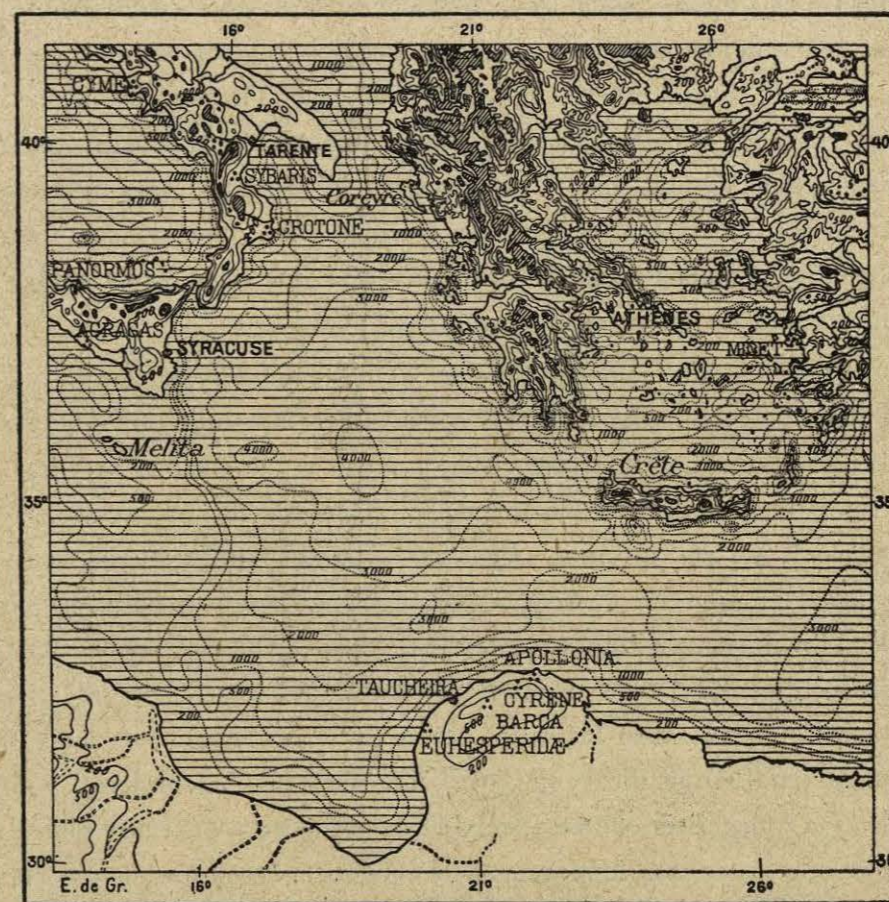
## COPA DE POLIFEMO, HALLADA EN CIRENE

y conservó su huella; un territorio les quedó, no obstante, cerrado: los Griegos habían logrado desalojar los Fenicios de todas las posiciones avanzadas que éstos ocupaban anteriormente sobre las costas anatólicas e insulares, pero hubieron de respetar la costa tiria, desde las inmediaciones del golfo de Alejandreta hasta la boca pelusiaca del Nilo.

En todo el Mediterráneo oriental se hallaron los Griegos mez-

clados con poblaciones residentes con las cuales no tenían punto alguno de semejanza, y su influencia civilizadora sobre el país posterior no se hizo sentir profundamente sino por intermedio de la conquista macedónica; fué una acción realizada por reyes, gobernadores y soldados, la cual, por consiguiente, se ejerció en pura pérdida: no hubo fusión. Pero indirectamente el efecto del período griego fué duradero: vuelta hacia el Este, la Hélade,

N.º 180. Costas griegas del Mediterráneo central.



1: 12 500 000

0 100 400 800 Kil.

como un espejo, reveló el Oriente a sí mismo y dió a los pueblos que le habitaban un sentimiento de cohesión que no habían conocido antes. Si los Helenos fueron englobados en el mundo romano, puede decirse que suscitaron hasta cierto punto una organización contra la cual vino a romperse la potencia itálica en el valle de los ríos gemelos.

Al occidente de Grecia, la situación respectiva de las potencias marítimas era muy diferente, lo mismo que las relaciones entre colonizadores y autóctonos. Una factoría fenicia se había desarrollado poco a poco en potente imperio, mientras que los Helenos establecían su supremacía sobre las costas orientales, y cuando tomaron a su vez el camino del Oeste, la resistencia cartaginesa limitó su acción en más de un territorio. Después de años y de siglos de luchas, los Griegos se hallaron dueños de las costas de la Italia del Sud y de muchos puntos sobre la costa de los Ligurios, mientras que los colonos semitas costeaban el litoral líbico, las islas del mar Tirreno, las costas de Hispania y hasta más allá de la «pilastra de Melkart», confrontando algunos sitios las mareas del Océano. Las fuerzas opuestas se habían dividido la Sicilia, cada uno de los que llegar a tomaban posición sobre la costa que completaba mejor el circuito de su imperio litoral.

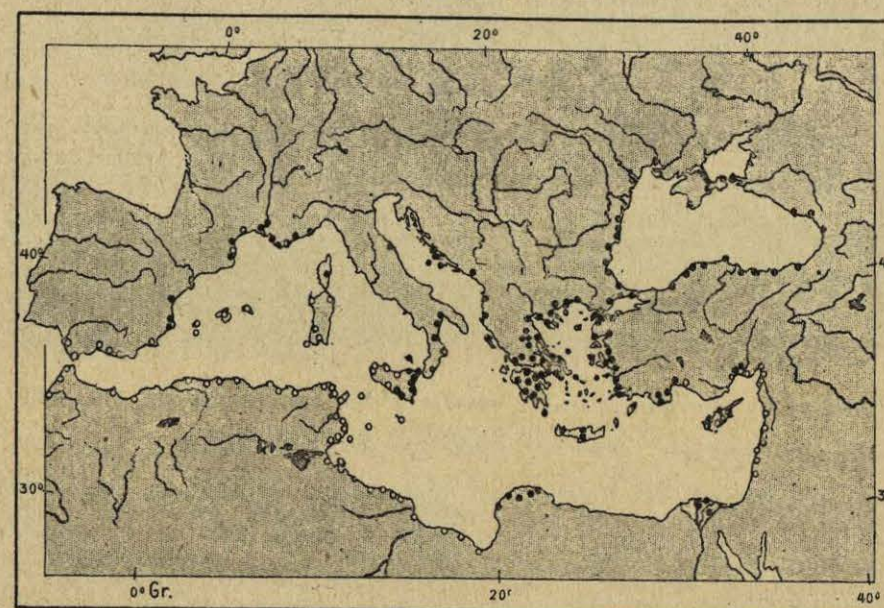
En todas sus colonias situadas al oeste de Grecia, los navegantes helenos se pusieron en contacto con hombres de un grado de cultura que difería poco de la suya, y que estaban preparados para asimilarse rápidamente el beneficio de sus investigaciones y de sus inventos. A pesar de la disparidad de las lenguas, la acción fué directa y profunda: se hallaban entre iguales. La misma civilización avanzada de los habitantes de la Italia continental puede explicar en parte la carencia de las colonias griegas sobre las costas etruscas y adriáticas. Los autóctonos podían justificar su hostilidad hacia los extranjeros por el escaso beneficio que resultaría de su establecimiento entre ellos; por otra parte, los inmigrantes no buscaban las costas donde no tuviesen una misión que desempeñar o algún beneficio que obtener.

La Italia meridional, tan fácil de alcanzar partiendo del golfo de Corinto—la travesía del mar libre, de Corcira al cabo Japygion, no era más larga que la que desde Eubea conducía a Chios, Lesbos o Lemnos,—la Italia meridional, de anchos territorios fértiles, tenía, pues, derecho, por el carácter de sus habitantes y por la naturaleza de sus campiñas, a la denominación de «Gran Grecia», bajo la cual fué mucho tiempo conocida. Su mediación, lo mismo que las enseñanzas ulteriores de los

filósofos y de los emigrantes, permitió al pensamiento griego infiltrarse en el mundo romano e impregnarle fuertemente.

Las invasiones dóricas, rechazando ante sí numerosas tribus helénicas, fueron una de las causas principales del desarrollo de la población de la Gran Grecia. Pero el amor de las aventuras y los mil acontecimientos procedentes de la vida inquieta y cambiante de las ciudades helénicas, sobre todo los continuos conflictos entre la aristocracia y el pueblo, determinaron también numerosas emigraciones, y todas las razas griegas se hallaron representadas en la nueva Grecia de Occidente. El arte bajo sus

N.º 181. Griegos y Fenicios.



• Ciudades cartaginesas. • Ciudades griegas.

1: 40 000 000  
0 500 1000 1500 2000 2500 Kil.

diversas formas se desarrolló allí como en la antigua Grecia, y, entre los escasos monumentos de Italia que nos quedan aún de la arquitectura helénica, el templo dórico de Paestum, la antigua Posidonia, es uno de los tipos que más han servido para fijar las ideas de los sabios sobre las construcciones de los antiguos. Las letras y las ciencias brillaron allí tanto como en Grecia, exceptuando Atenas: hombres como Pitágoras, Empedocles y los Eleates Parménides y Zenón se cuentan entre aquellos que venían a escuchar los alumnos y que dictaban constituciones a las ciudades.

Una primera ciudad, Cumas, a la que las relaciones legendarias dan cerca de treinta siglos de existencia, recuerda la otra Cumas (Cymé) de la costa anatólia; unos aventureros de la Eubea, así como también de Asia, parece que fundaron esta colonia, a la que la elevada cultura de sus habitantes y el misterio de los volcanes, de las solfataras y de los manantiales hirvientes acabaron por hacer santa. Pozzuoli y Nápoles continuaron esta madre griega, y allí nació la Sibila que profetizó el destino de Roma.

Se comprende que el mar en que se bañan las lenguas de tierra de la Italia meridional lleve aún el nombre de «Jónico», porque las ciudades cuyas ruinas se suceden sobre sus orillas, Locres, Crotona, Síbaris, Metaponte y Tarento, conservaron allí durante siglos la bella civilización de Atenas. Sin embargo, cada una de esas ciudades tuvo su carácter especial, determinado por las condiciones directas del medio. Situadas al pie de las montañas que habitaban los Bruttii de bellos cuerpos elegantes y ágiles, Síbaris y Crotona tenían especial empeño y hasta como un honor en formar soldados y atletas; en parte alguna era más apreciada la belleza física. Sus habitantes no disputaban el premio de elocuencia ni de poesía a los habitantes de las otras ciudades griegas, pero Crotona fué frecuentemente la primera en los juegos de fuerza. En una misma Olimpiada los siete vencedores del estadio fueron todos Crotoniatas; un Filipo de Crotona fué, después de su muerte, colocado entre los héroes; otro atleta, el célebre Milon, fué en el siglo VI antes de la era vulgar seis veces victorioso en Olimpia, siete en Delfos, nueve en los juegos némeos y diez en los juegos ístmicos. Después, esas ciudades de los valientes y de los fuertes se hicieron sobre todo famosas por su voluptuosidad, por su afición a los goces groseros, por el cobarde abandono de toda noble iniciativa. Los juegos solemnes de Crotona y de Síbaris fueron el lejano origen de los repugnantes combates de gladiadores que después habían de ensangrentar las arenas de los Romanos<sup>1</sup>.

La posición geográfica de Síbaris presentaba ventajas excepcionales, puesto que la ciudad, situada al borde de una rada parcialmente resguardada, ocupa la salida de un valle que se ramifica a lo lejos

<sup>1</sup> Edmond Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*, p. 30.



Cl. Brogi.

TEMPLO DE NEPTUNO EN POESTUM

en las montañas por valles fértiles y que se prosigue hasta en la proximidad de la costa tirrena; en realidad Síbaris estaba en la extremidad de un dintel de paso a través de la península italiana, y, gracias a esta posición, había podido llegar a ser un depósito para el tráfico de la costa occidental, Cumas, Pozzuoli y Nápoles. El estrecho terrestre de Síbaris gozaba de ventajas análogas a las del estrecho marítimo de Mesina, y permitía a muchos traficantes evitar una larga y penosa navegación litoral alrededor de la punta extrema de Italia, contra la cual chocan violentamente los vientos y las corrientes hostiles.

Los aluviones del Crati, ayudados por la maldad de los hombres, han hecho desaparecer los vestigios de la antigua ciudad comercial; pero del otro lado del golfo, Tarento, que estuvo también expuesta a las guerras y a los asaltos, ha sobrevivido, no obstante, gracias a ventajas locales que le hacen renacer después de cada desastre. No sólo tenía Tarento sobre todos los puertos de la Gran Grecia el pri-